

singulis, quanta omnibus. S. AGUS.
IN PSALM. XLIX.

Ipse finis est desideriorum nostrorum, qui sine fine videbitur, sine fastidio amabilis, sine fatigatione laudabitur. IDEM DE CIVIT. DEI, LIB. XX, CAP. 50.

Ecce venale est regnum Dei, eme si vis, tantum valet, quantum habes. Noli quærere quod habes, sed qualis sis; res ista valet tantum, quantus es tu. IDEM LIB. DE SPIR. ET ANIM.

Si considerentur quæ nobis promittuntur in cælis, vilescunt animo omnia quæ habentur in terris: terrena namque substantia, superne felicitati comparata, pondus est, non subsidium. S. GREGOR. HOM. XXXVII, IN EVANG.

Véase: BIENAVENTURANZA.—FELICIDAD.—GLORIA.

mero de los coherederos; pues tan grande es para muchos, como para pocos; tan grande para uno solo, como para todos juntos.

El mismo (Dios) es allí el último término de nuestros deseos; pues le veremos eternamente, le amaremos sin fastidio, le alabaremos sin cansarnos.

El reino del cielo está en almoneda; si quieres, puedes comprarlo: vale todo cuanto tienes. No examines, empero, lo que tienes, sino que tal eres; pues este tesoro vale tanto como tú mismo.

Si consideramos los bienes que se nos prometen en el cielo, fastidio nos causan las cosas de la tierra; por cuanto estos bienes temporales, comparados con los del cielo, son más bien un peso que un alivio.

CIENCIA.

I.

Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.

En vuestro saber, no os levanteis más alto de lo que debéis, sino conteneos dentro de los límites de la moderación.

(Rom. XII, 3.)

La ciencia es la aspiración más propia del hombre. Por lo mismo que es un sér inteligente, la ciencia le atrae: la ciencia es su condición; la ciencia es su vida; la ciencia es su sueño. En nuestros días todo el mundo habla de ciencia, todos pretenden conocerla; y se proclama y exagera tanto el carácter científico de nuestra época, como si el mundo sábio se viese enriquecido, no diré cada año ó cada mes, sino cada semana, y aun cada día, con producciones literarias, que compiten y exceden á las que nos han trasmitido los siglos, que calificamos de bárbaros, porque fueron bastante modestos para no darse á sí mismos, como lo hace el nuestro, el dictado de ilustrados ó sábios. Sin embargo, preciso es confesarlo: la ciencia, en la universal acepción de esta palabra, anda en el día muy escasa. Es verdad, que se cultivan muchos ramos de la ciencia, que se adquieren conocimientos especiales, que se realizan adelantos trascendentales, que se investigan fenómenos curiosos, todo esto es cierto; pero no lo es ménos, que nos falta la ciencia del orden, la ciencia de las relaciones, la ciencia más importante, la ciencia propiamente dicha. ¿Dónde están las obras profundamente científicas de nuestro siglo? Todos los días salen á luz multitud de obras; leedlas, y vereis á cuán pocas corresponde la citada calificación; leedlas, y hallareis que la verdad, lo mismo que el error, las teorías razonables como las absurdas, los más opuestos extremos, las más irreconciliables doctrinas, todo pretende apoyarse en la ciencia; y siendo imposible que la ciencia sumi-

nistre principios para pretensiones tan opuestas, forzoso nos será confesar, que no la conocen los que tanto la invocan.

Y ¿sabeis por qué no la conocen? ¿sabeis por qué nos falta la ciencia propiamente dicha? Tal vez tomeis por una paradoja lo que voy á deciros, pero no lo es: nos falta la ciencia porque nos sobra el orgullo. Felices eran nuestros primeros padres en el paraíso; ilustrada era su inteligencia, cuando el enemigo tentador les prometió, que si infringian el precepto que se les habia impuesto, llegarían á ser semejantes á Dios, en punto á la posesion de la ciencia del bien y del mal; ellos quisieron saber más de lo que les convenia saber; y, léjos de adelantar en la ciencia, quedaron sumidos en la oscuridad. Lo propio sucede en nuestros días. Al hombre se le dice: tú tienes derecho á una ilustracion ilimitada; tu inteligencia es el juez supremo del bien y del mal, de la verdad y del error; toda sombra es para ella un insulto, todo misterio una locura, toda dependencia una usurpacion de su soberana autoridad; el hombre, en su orgullo, sacude el yugo de la autoridad, no quiere ser discípulo de nadie, y cae en los más absurdos errores.

Repito que nos falta la ciencia, porque nos sobra el orgullo. Por esto el Apóstol nos recomienda la moderacion y sobriedad en la ciencia: consejo, que si ha sido necesario inculcarlo en los tiempos pasados, lo es más en los presentes. Por esto me propongo demostraros su necesidad, y haceros ver, cuán contrario á la ciencia es el orgullo. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El entendimiento humano busca la verdad con insaciable afán. Es tan natural que el hombre vaya en pos de la verdad, ó de la ciencia, que es el medio de encontrarla, como que algunos filósofos del paganismo afirmaron, que la felicidad consistía en conocer la verdad. Esta asercion en los lábios de hombres, que no estaban imbuidos en la revelacion, no tenia un sentido completo; pero encierra un sentido profundo para nosotros, que sabemos ha de consistir nuestra eterna dicha en ver á Dios cara á cara. De tal modo nuestra inteligencia busca la verdad, que aun los más groseros errores no los aceptamos como errores, sino presuponiendo que se refieren á la verdad.

A nuestros primeros padres les infundió Dios una ciencia de la misma especie que la nuestra, aunque muy superior á la que poseemos; y esto indica, que el hombre perfecto, tal como puede serlo en la tierra, supone la ciencia; así como el hombre imperfecto ó degradado supone siempre la ignorancia. Como todos debemos procurar

nuestra perfeccion, bueno es que busquemos la ciencia, pero no nos dejemos arrastrar por el instinto de la misma. Siempre ofrece grandes peligros el dejarse llevar por aquellos instintos ó propensiones, que tienen por objeto satisfacer alguna de nuestras necesidades ó exigencias naturales; pero los ofrece mucho mayores, el dejarse arrastrar por el instinto de la ciencia, que llevamos en nuestra condicion de seres racionales. Nuestras facultades son muy limitadas; y si á todo trance, y á toda costa, y en todas ocasiones queremos satisfacer el instinto de la ciencia, tropezaremos con innumerables escollos, y, en vez de ilustrarnos, nos ofuscaremos. Si nuestros primeros padres no hubiesen pretendido saber más de lo que sabian, ó de lo que les convenia saber, ni se hubieran hundido en la oscuridad, ni nos hubieran legado tantos siglos de tinieblas, tantos trabajos y afanes, que nos cuesta encontrar la verdad en mucho tiempo, y con mezcla de muchos errores. Es preciso, pues, que hagamos del instinto de la ciencia un uso sóbrio y moderado, y que busquemos la verdad con humildad.

El instinto científico, en nuestro estado actual, está identificado con la soberbia: la historia de la ciencia va siempre unida á la historia del orgullo humano; y por el camino del orgullo no se encuentran más que errores. Por esto los antiguos filósofos que, por las cosas visibles, conocieron que debia de haber un autor y conservador de las mismas, y llenos de orgullo, no le glorificaron como debian glorificarle, quedaron entregados al réprobo sentido; oscurecióse su inteligencia, y al propio tiempo que se llamaban sábios á sí mismos, daban bien á conocer, que no eran, como dice S. Pablo, más que unos necios: *Evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum; dicentes enim esse sapientes, stulti facti sunt.* Rom. 1, 21. Por esta misma razon los escribas y fariseos que, engreidos con la presuncion de maestros de la ley y de guías del pueblo, se desdeñaban de reconocer y acercarse á Jesucristo, que es la luz del mundo, quedaron envueltos en las más densas tinieblas, al paso, que muchos humildes é ignorantes aprendian lo que más nos importa conocer.

2. Para comprender bien cuán reñida está la ciencia con el orgullo, examinemos, en primer lugar, cuál es la causa de nuestra ignorancia. El orgullo fué el padre de la ceguedad del género humano; el orgullo añade oscuridad á oscuridad, y tinieblas á tinieblas; luego, el orgullo no es luz, ni puede ser ilustracion, ni puede ser ciencia. Luego, los soberbios no pueden ser sábios en la ciencia que más nos interesa conocer. Un cristiano humilde, una pobre é ignorante mujer

cristiana, un niño de nuestras escuelas, sabe más que los grandes sábios de la antigüedad, y desvanece las dudas que los antiguos filósofos, dotados de tan clara razón, no alcanzaron á desvanecerse.

Esta es la gran felicidad de los humildes, ó pequeñuelos. En lo antiguo, cuando aun no había difundido el Salvador su luz sobre el mundo, á los pobres ó humildes no se les destinaba á participar de la ciencia; antes bien se les ocultaba, no juzgándoles dignos ni aun de oirla. Presumiase, que al pueblo solo le convenia la ignorancia; pero vino el Salvador, y los humildes oyeron la explicacion de la ciencia más privilegiada que le interesa al hombre cultivar; la verdad penetró en sus corazones; y su espíritu, despojado del aguijón de la duda, avanza tranquilo entre las olas de las opiniones humanas, guiado por quien no puede extraviarle, y solo se comunica á los humildes.

Y ved ahí otra razón para demostrar, que la ciencia no puede hermanarse con el orgullo. Dios no se comunica por la luz más que á los humildes, los cuales, dejándose guiar por esta luz, consiguen el conocimiento de la verdad. A todos los que, no comprendiendo siquiera el granito de tierra que pisan con sus piés; ni la gota de rocío que el cielo envia; ni la hoja seca del árbol, que se convierte en juguete del viento; se tienen, sin embargo, por sábios; y, en su altivez, aspiran con su mezquina razón á explicarlo todo, á comprender á Dios, y á sondear sus misterios; á todos éstos, Dios les retira sus luces, sin las cuales van á sumergirse en todos los errores y vicios: *Tu, plenus sapientia... et elevatum est cor tuum... perdidisti sapientiam tuam... in terra projeci te.* EZECH. XXVIII, 12 ET 17. Estas palabras, que el Señor puso en los labios del profeta Ezequiel, y que se aplican generalmente al ángel caído, se realizan tambien en los hombres altivos que presumen de sábios. La confusion va siempre en pos de su orgullo.

Este es, si bien se examina, el origen de todas las herejías que han afligido á la Iglesia. Algunos doctores de no vulgar talento, enorguendos con sus luces y con el dictado de sábios, que el mundo les dispensaba, sacudieron el yugo de la autoridad, pretendieron comprender con su limitada razón á Dios, y sondear sus inmensos misterios; más como el orgullo ocupaba su corazón, por no confesar su nulidad para ver lo que tan superior es á nuestro entendimiento, pretendieron, que los dogmas y misterios de la fe católica se reducian á lo que ellos interpretaban. La soberbia no les permitia considerarse como distinguidos doctores y sabios, y reconocerse, á su vez, impotentes para sondear las obras de Dios; y en circunstancias como

la presente, el que no tiene bastante valor para recurrir á la humildad, llega por el camino del orgullo á los más absurdos errores.

Esto nos explica una particularidad, que suele causarnos profunda extrañeza. Vemos, algunas veces, á ciertos hombres eminentes, convertidos en los más profundos ignorantes; y que siendo antes racionales en sus juicios, prudentes en sus consejos, sensatos en sus determinaciones, profundos en la ciencia religiosa, y templados en la política; muéstranse, despues, ciegos, irreflexivos, superficiales, descertados; y tan nulos, que no solo ignoran lo que antes sabian, sino que ni siquiera comprenden lo que sabe un niño, y lo que el hombre más vulgar entiende. Desde el momento en que Dios ve empleada contra él la ilustracion que nos dispensa, principia á retirarnosla; y abandonado á si mismo el hombre orgulloso, deja perder lo que sabia, se entrega á los más absurdos errores, y no sabe racionar sino por medio de fatales sofismas.

Hay, además, otra razón fundada en la indole del hombre, para convencernos de que la ciencia está reñida con el orgullo. El hombre no adquiere la ciencia sino con docilidad y trabajo. Si le falta la docilidad, no aceptará los primeros principios y las primeras definiciones que nos dan los maestros, y que sin discusion debemos recibir; ni á los autores clásicos en la materia les prestará gran crédito en sus racionios, mientras aventajen un poco á los suyos. Si no tiene amor al trabajo, no tendrá constancia en sus empresas. Y, ¿cómo quereis que el hombre soberbio se someta gustosamente al trabajo, siendo el trabajo un castigo de la soberbia? ¿Cómo es posible, que muestre docilidad en aprender, siendo una misma cosa la docilidad y la humildad? Los dos grandes obstáculos de la ciencia, sus enemigos más terribles, son la presuncion y la ociosidad: pues bien; el hombre orgulloso no vencerá estos obstáculos, que le privan de aprender y adelantar.

Por último; el hombre orgulloso, engreido con lo que presume saber, no quiere ser discípulo de nadie, ni aun en las materias en las cuales carece de conocimientos. Se creeria degradado con tomar asiento entre los oyentes de un profesor, que explicase ciencias para él desconocidas. Se desdeña de leer los libros en que se traten cuestiones que no conoce; y si le hablais del mérito de sus autores, con un gesto desdeñoso les juzgará, sin entenderlos, sin leerlos, y aun sin mirarlos. ¿Cómo es posible, que con estas soberbias ideas pueda dedicarse con fe y con teson al cultivo de la ciencia, cuando presume poseer y comprender ya todos sus arcanos?

Hermanos míos, si deseais ser sábios, empezad por ser humildes.

Donde está la humildad, dice el sagrado libro de los Proverbios, CAP. XI, 2, allí está la sabiduría. El hombre humilde, cuanto más sabe, cuanto más estudia, cuanto más examina, más se convence de que nada sabe, y de que es inmenso el campo de la ciencia, y de que se halla como en la primera letra del abecedario, con respecto á la extension de los conocimientos humanos. Así, humillándose, estudia; y estudiando, aprende; y aprendiendo con su humildad, promueve la ciencia, y se salva. Los santos Padres son muy profundos, porque fueron muy humildes. Los siglos más religiosos han sido los más científicos. Nuestro siglo es un siglo de soberbia; por esto no es profundo, sino superficial; no es científico, sino declamador; no es sábio, sino locuaz y atolondrado. Todos presumen ahora de sábios, y nadie estudia. ¿Cómo ha de progresar la ciencia con tales elementos? « Si preguntas, dice S. Agustín, cuál es el camino para alcanzar la verdad, te responderé: que es la humildad; y si vuelves á preguntármelo, volveré á decirte: que es la humildad; y si por tercera vez me lo pides, por tercera vez te diré: que es la humildad; y cuantas veces me lo preguntes, te daré la misma respuesta. EPIST. LVI. » Detestad el orgullo, que es el padre de la ceguedad del género humano. Jesucristo, que es la luz, se humilló para desvanecer las tinieblas de nuestra ignorancia; el que con la humildad se acerca á Jesucristo, será ilustrado en la tierra, y gozará en el cielo de la gloria eterna, que os deseo á todos.

CIENCIA DE LA RELIGION.

II.

Vani sunt homines in quibus non subest scientia Dei.

Vanidad, y no más, son los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios.

(Sabid. xiii, 1.)

El principal carácter ó distintivo con que los profetas dieron á conocer al divino Fundador de la Iglesia, fué el de que, á su venida, los pueblos que vivian en las tinieblas verian una gran luz. El mismo Jesucristo, al principiar su mision y en el curso de ella, dijo muchas veces: que Él era la luz del mundo. No es extraño, pues, que la Iglesia nada tema más que la ignorancia, y se esfuerce á inundar de luz toda la tierra. ¿Quién como la Iglesia ha trabajado para difundir y propagar la ilustracion en el mundo? ¿Quién ha creado en todos los puntos de Europa más universidades, más academias y otros grandes focos de ilustracion? ¿Quién ha sembrado en nuestro suelo más colegios, institutos, gimnasios, asilos y establecimientos de toda clase para la instruccion de juventud? En la mayor parte de nuestras poblaciones, no se puede dar un paso sin encontrar algunos restos de estos antiguos edificios. Y aun en nuestros dias, bien podemos decirlo; no nos guarecemos en muchos sitios, sino á la sombra de los restos que se han salvado de la segur destructora del tiempo y de la piqueta de los demolidores: sobre sus ruinas, de las que se ha procurado sacar todo el partido posible, se han levantado la mayor parte de los colegios y otras instituciones modernas.

Hijos de esta tierna Madre, cuya mision en la tierra consiste en ilustrar y vivificar el mundo, aplaudimos, como ella, todo lo que puede proporcionar adelanto y progreso á los estudios. Que se inicie en edad temprana á la juventud en los conocimientos que deben

facilitarles la entrada en las carreras, ó en el ejercicio de una honrosa profesion; que se aguijonee y estimule su celo con el cebo de una remuneracion conveniente; que se les proporcionen, pagándoles bien, maestros hábiles y expertos, cosa es que se acomoda perfectamente á nuestras ideas y sentimientos; nosotros nos alegramos vivamente de todos los adelantos que hacen las ciencias y las artes. Deseamos solamente, que se enseñen y estudien mejor las materias religiosas; porque ninguna ciencia es comparable á la ciencia de la Religion. Esto es lo que me propongo demostraros: A. M.

1. La Religion es la ciencia de las ciencias, la ciencia por excelencia, la ciencia de Dios, del hombre, de la vida presente y de la vida futura. Seria imposible corresponder mejor de lo que lo hace la Religion á nuestra propia dignidad y á nuestras diversas necesidades.

Y ante todo; ¿qué cosa puede haber más digna del hombre, que esta ciencia, que le da á conocer su elevado origen, le traza el camino que ha de seguir al través de las sinuosidades y de la oscuridad de este mundo, y le muestra el fin que le espera en un porvenir más ó ménos próximo? Hasta ahora, este rey de la creacion, abandonado á sus propias luces, no ha podido averiguar siquiera de donde viene.— ¿Viene de la nada, ó de algunos átomos puestos en germen, ó de alguna influencia sideral, como han soñado varios filósofos?—No ha podido averiguar siquiera en donde se encuentra: ¿qué es el mundo, en donde vive? ¿tuvo este mundo su principio? ¿tendrá fin?—No ha podido averiguar siquiera á donde va: ¿volverá á la nada? ¿sobrevivirá á sí propio?

Todo es tinieblas, oscuridad y misterio para él; se reconoce impotente para resolver estos vários problemas. Semejante al que ha venido al mundo con una venda en los ojos, no anda sino con paso trémulo é inseguro, por un camino cuyas excavaciones y obstáculos ignora.

Pero en cuanto viene en su auxilio el estudio de la Religion, al punto asoma la luz en su espíritu; y al resplandor de esta divina antorcha, vé todo el Génesis y la historia del género humano. Este sér, compuesto de dos sustancias, cuerpo y alma, que se llama el hombre; este sér, á la vez tan débil y tan fuerte, tan grande y tan pequeño, tan inteligente y tan limitado; este sér, que envuelve en sí propio tantas contradicciones, salió vivo, con todos sus instintos y sus aptitudes, de las manos del Creador. Dios, despues de haber impreso en su frente su sello indeleble, para que nunca se dude de su celestial

origen, le ha enviado al mundo para trabajar en su gloria, trabajando, al propio tiempo, en su bien personal; vendrá el dia en que, pesando sus obras en la balanza de su suprema justicia, recibirá en sus tabernáculos eternos á los que habrán correspondido á su legítima vocacion, y precipitará á fuegos inextinguibles á los que, infieles á su mandato, habrán usado mal del talento que se les habrá confiado. En este caso, queda dicho todo lo correspondiente al hombre; se conocen su origen y sus mortales destinos; por consiguiente, no tiene más que hacerse digno, por sus sentimientos y por sus obras, de los beneficios del supremo juez; queremos decir, de la felicidad que otorga á sus escogidos; no tiene más que evitar, cumpliendo fielmente sus deberes, su venganza extrema; queremos decir, los castigos que reserva á los malos.

¿Puede haber algo más digno del hombre, que remontarse, como por los eslabones de una cadena no interrumpida, á la causa general de todo cuanto nos rodea? No pasa dia en la semana, ni pasan horas en el dia, sin que el hombre pensador trate de referir á su primer principio las maravillas de que es testigo. ¿Quién ha encendido ese fuego del sol? ¿Quién ha suspendido en la bóveda de los cielos ese número infinito de cuerpos luminosos; quien ha mandado á esos cuerpos luminosos que recorran el espacio ordenadamente, como un ejército formado en orden de batalla? ¿Quién hace describir en la inmensidad á algunos de esos cuerpos luminosos, esas curvas cuyas revoluciones tiene dificultad en seguir la imaginacion, á pesar de la regularidad y de la precision de sus cálculos? ¿Quién ha abierto esas profundidades, que nuestros manantiales, nuestros arroyos y rios no pueden llenar jamás? ¿Quién ha señalado límites al Océano, cuyas rumorosas olas se estrellan en los granos de arena? ¿Quién ha sentado el mundo sobre las bases en que descansa? ¿Quién ha hecho suceder el dia al dia, las estaciones á las estaciones, y los años á los años? Tantas maravillas, no pueden ménos de excitar nuestra curiosidad. ¿Cuánto más se las admira, más se desea conocer á su autor! Por aquí se explica la dicha tan perfectamente expresada por el gran poeta latino: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas.*

Pues bien; no necesitais apremiaros mucho en vuestras investigaciones, para conseguir el objeto que os proponéis; bátaos abrir la primera página de los Libros santos, en que están expuestos, junto con sus divinas enseñanzas, los hechos y las obras de nuestra santa religion. ¿Qué nos refieren ellos? Dios habla, y, á su voz, el mundo sale de la nada; sale de la nada con todas sus riquezas, con todas sus bellezas, con todos sus esplendores; sale de la nada con sus miles

de manantiales y de fuentes, con sus arroyos y sus ríos, con sus golfos y mares; sale de la nada con sus llanuras y montañas, con sus peñas y bosques, con sus praderas y jardines; sale de la nada con sus dos grandes focos de luz, uno de los cuales preside el día y el otro á la noche; sale de la nada con sus millones de estrellas, que parecen servir de comitiva al que las ha creado: en una palabra, con todos los seres que existen, así en el mundo visible, como en el mundo invisible. Una sola palabra, salida de su boca, basta para producir todas estas maravillas: *Dixit et facta sunt.*

Ya conocéis ahora el grande arquitecto, que, con un simple acto de su voluntad, creó, constituyó y organizó ese vasto mundo: á él corresponde la gloria, la magestad, la sabiduría, el poder, la bondad. ¡De cuántas acciones de gracias le seremos deudores por las obras que ha obrado en nuestro favor! Postrados á sus plantas, le bendeciremos, y cantaremos sus alabanzas en los siglos de los siglos: *Nunc igitur, Domine Deus noster, confitebimur tibi et laudabimus nomen tuum in seculum seculi.*

Y sobre todo; ¿qué puede darse más digno del hombre, que estudiar en su esencia y en sus divinas perfecciones al autor de todos los seres? Si ya es tan bello, tan grande, tan poderoso, cuando se le consideran las obras de sus manos; ¿cuánto más lo es al considerarlo en sí propio? A no estar uno guiado y sostenido por la gracia del cielo, habrían de dejarle deslumbrado la luz y el resplandor, que no se han hecho para el ojo de un mortal; y bien podría temerse que uno se viera abrumado por el resplandor de una gloria increada, como el que se empeña en comprender lo incomprendible: *scrutator majestatis opprimetur a gloria.*

Sin embargo, examínese bien, y se verá, que no hay hijo alguno bien nacido, que no tenga como una dicha y como una honra estudiar en los pergaminos y en las tradiciones de su familia la historia de sus ascendientes; todo hijo bien nacido desea conocer las genealogías de sus ascendientes, sus enlaces, sus glorias, sus ilustraciones; y no puede serle ageno lo que los realza, ó les interesa.

Y nosotros, hijos de Dios, ¿mostraremos ménos empeño en conocer al procreador y al padre del género humano, del que muestran los hijos del siglo para conocer á sus antepasados? Lejos de nosotros semejante suposición; la rechazamos con toda la energía de nuestra alma. Semejante suposición sería una injuria gratuita á nuestra fe y á nuestra piedad.

Dios será siempre el primer objeto de nuestras meditaciones, y de nuestros estudios.

Pero ¿quién podrá darnos una idea de este gran sér, que habita en lo más encumbrado de los cielos, en los resplandores de brillantísimas luces? ¿Dónde le encontraremos en su verdad absoluta, sin nubes, sin sombra, sin mezcla alguna? ¿Acaso en las viejas teogonias de Egipto, Asiria, Grecia, Roma y de los pueblos más adelantados de la antigüedad pagana? No se puede repetir sin ruborizarse, todo lo que aquellos pueblos pensaron, dijeron y escribieron sobre sus divinidades. ¡Qué desorden de imaginación! ¡Qué confusión de ideas! ¡Qué libertinaje de espíritu! Son todo ello sueños absurdos, fruto de cerebros delirantes. Los talentos más eminentes pagaron tributo como el pueblo á esas extravagancias. Se arrojaron junto con el pueblo, no solamente ante los ídolos de madera y de piedra, sino también ante mónstruos de toda clase, lagartos, dragones, cocodrilos y otros animales. ¿Hay en las sociedades modernas, entre los hombres ilustrados, quienes, bajo pretexto de emanciparse de antiguas preocupaciones, han roto con la revelación para no atender más que á la razón? No faltan entre ellos algunos que, refiriéndose á su sentido depravado, y siguiendo el ejemplo del insensato, del que nos hablan los Libros santos, han borrado de su símbolo al que es el principio y el fin de todas las cosas. *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.* En cuanto á los que le hacen el obsequio de conservarle en los dipticos de sus creencias, le han arreglado y conformado cada cual á su manera; los unos le han hecho un Dios nada cuidadoso é indiferente, que después de crear el mundo lo abandona á las leyes generales que lo rigen, sin cuidarse de lo que puede suceder; los otros le han hecho un Dios sordo y ciego, que desde el lugar elevado que ocupa, no ve ni oye nada de lo que pasa en la tierra; los otros le hacen un Dios acomodaticio y tolerante que, complaciéndose en sus infinitas perfecciones, exige poca cosa á los simples mortales; otros le hacen un Dios todo, espíritu y materia; materia y espíritu que se confunde en su sustancia con sus criaturas; otros, en fin, hacen de Dios un mito, un ideal, una abstracción, que se nos escapa cuando cree uno tenerla.

¡Ah, Señor! ¡cómo se os desfigura, cómo se os mutila, cómo se os cubre de barro! Perdonadles como en el Calvario perdonasteis á vuestros verdugos. Los que os tratan de esta suerte, no saben verdaderamente lo que hacen. *Nesciunt quid faciunt.*

Parécenos que para probar la identidad de Dios, en quien creemos y á quien servimos, vale más volver á las primeras nociones que se nos dieron en el regazo de nuestras madres; estas doctrinas, autorizadas y sancionadas por la Iglesia, son, de hecho, las únicas justas y

exactas que pueden desearse. ¿Qué nos enseñan con respecto á Dios? Nos dicen, para servirnos de la enérgica frase de nuestros Libros santos: *es el que es: ego sum qui sum*. Es un espíritu infinito, eterno, inmenso, todopoderoso, que lo hizo todo de la nada; infinito, posee todas las perfecciones; eterno, no ha tenido principio ni tendrá fin; inmenso, está al mismo tiempo en todas partes, en el cielo, en la tierra, y en los infiernos; omnipotente, puede con un solo acto de su voluntad, crear ó destruir á su placer mundos mil veces más hermosos y más grandes que el habitado por nosotros. Su nombre es Jehová. A su aspecto las montañas se derriten como cera; con una mirada hace temblar la tierra; los cielos celebran su justicia. *Vidit et commota est terra; montes sicut cera fluxerunt a facie Domini; cæli anuntiaverunt justitiam ejus.*

En este retrato, ¿quién no reconocerá al Dios del cielo y de la tierra; al Rey de los reyes, al Señor de los señores? Es imposible desconocerle. Nadie se le parece; sus atributos y sus perfecciones son incomunicables: *Deus, quis similis tibi?*

Asombrado de tanta grandeza y majestad, San Agustín, este célebre doctor de la Iglesia, de alma y de corazón de fuego, no encuentra palabras bastante expresivas para explicar el sentimiento que le inspira. «Belleza siempre antigua, exclama con su arranque africano, belleza siempre nueva, ¿por qué he tardado tanto en conocerte? ¿por qué he tardado tanto el amarte? *Sero te cognovi, sero te amavi*. Pero ya, en adelante, serás el único objeto de mis preferencias. Yo no estaré contento y satisfecho, hasta que mi corazón te posea sin temor de perderte: *irrequietum est cor meum donec requiescat in te, Deus.*»

2. Si nada hay más digno del hombre que el estudio de la Religión, debemos añadir, también, que nada corresponde tanto á sus necesidades. Sin esta gran ciencia, sin esta ciencia divina, ¿de qué le servirán las demás? Para juzgar de su inferioridad, no hay más que trasportarse á esa hora suprema, en que cesan todas las ilusiones de la tierra. ¿Qué le importarán en este último día, en que lo perdemos todo, los tesoros de ilustración y de conocimientos que habrá acumulado? ¿Qué le importarán, cuando el toque fúnebre anunciará su agonía, los secretos que habrá arrancado al vapor, á la luz, á la electricidad, á la yerba de los campos, á la naturaleza entera? ¿Qué le importarán, cuando sus ojos comiencen á cerrarse á la luz, los astros y otros cuerpos luminosos, que á fuerza de observaciones habrá podido descubrir en algún rincón del firmamento? ¿Qué le importarán, cuando sus manos debilitadas no podrán emplearse en na-

da las fórmulas algebraicas y geométricas? ¿Qué le importarán, cuando su lengua helada se negará á exponerlos y desenvolverlos, los varios sistemas que habrá imaginado para explicar un gran número de dificultades que se encuentran en la filosofía, en la historia, en la jurisprudencia, en la geología y en otros ramos? Entonces será el primero en exclamar con el Espíritu Santo, en vista del presente que se desvanece, sin que ninguna combinación química ó medicinal pueda prolongarla, y en vista de la eternidad que avanza, sin que ningún esfuerzo de la ciencia humana pueda hacerla retardar: Son bien poca cosa en los umbrales del tiempo á la eternidad, cualesquiera que sea, por otra parte, su mérito literario ó científico, los hombres que no poseen la ciencia de Dios: *Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei.*

¿En dónde aprenderéis estas grandes verdades, que es tan útil y tan necesario conocer? ¿En dónde? En la escuela de la religión, que tenemos la dicha de profesar? Sí; solamente en la escuela de la religión se adquieren ideas justas y precisas sobre Dios y sus divinos atributos, sobre el mundo y su primer origen, sobre nuestros primeros padres y su caída, sobre la regeneración del hombre y su rehabilitación, sobre el Redentor y su vida, sobre el espíritu Santo y sus divinas operaciones. Sí; solamente en la escuela de la religión se adquieren ideas justas y precisas sobre la Iglesia y sus gloriosas prerogativas; sobre la gerarquía católica y los individuos que la constituyen; sobre la sociedad de los fieles y los deberes que les están impuestos. Sí; solamente en la escuela de la religión se adquieren ideas justas y precisas sobre el alma y sus inmortales destinos; sobre la virtud y la recompensa que merece; sobre el pecado y la pena en que incurre. Sí; solamente en la escuela de la religión se adquieren ideas justas y precisas sobre la gracia y lo que ha costado; sobre los sacramentos y su eficacia; sobre la oración y los auxilios que nos proporciona. En resumen: solamente en la escuela de la religión se adquieren ideas justas y precisas sobre los deberes del hombre con respecto á Dios, con respecto á sí propio, y con respecto á sus semejantes: para nosotros, todo, dogma y moral, está encerrado en estos códigos divinos, en esos códigos que se os han dado, para que conformeis á ellos vuestras creencias y vuestras obras. *Quæcumque scripta sunt ad nostram doctrinam scripta sunt ut per patientiam et consolationem scripturarum spem habeamus.*

En esta sabia escuela se han formado en todos tiempos los hombres escogidos, que, más adelante, con su ilustración y sus virtudes han venido á ser un título de gloria para la religión. Muchos de ellos